

923
0

FL230

L.3

V.3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Leonardos

TERCERA PARTE. LA RUINA DE UN IMPERIO.

CAPITULO I.

Dos personajes.



OR más que mientras acaecian en México las escenas que hemos referido en los libros anteriores estuviesen sumamente preocupados los ánimos en España con los acontecimientos que tenían lugar, y en que figuraba, ganando poco á poco el renombre que ha dejado en la historia, el grau emperador Carlos V, no faltaba en España quien tuviese fija su atencion en la conquista de aquel país, del que tan maravillosas descripciones habian hecho por referencia Francisco de Montejo y el licenciado Benito Martin.

Aparte del interes que debia inspirar naturalmente á los padres de Hernan Cortés y á su esposa Catalina, seguian con la mayor atencion los sucesos el arzobispo de Búrgos y el señor de Chievres, preceptor primero y favorito despues del monarca español.

Gran agente de Velazquez habia sido acerca de las personas que más influían en el rey, el licenciado Benito Martin.

No sólo habia logrado las mercedes de que ya tienen noticia nuestros lectores para su poderdante, sino que al dar cuenta de las intenciones que tenían de perseguir como rebelde á Hernan Cortés, les habia asegurado que el sucesor de aquel capitan, fiel

099497

16072

observador de las órdenes de Diego de Velazquez, daría parte de los descubrimientos que hiciera al arzobispo y al señor de Chievres ántes que al mismo rey; y si como todos esperaban, eran inmensas las riquezas de aquel país, natural y legítimo parecía que Diego de Velazquez las compartiese en lo justo con sus favorecedores.

Habia además un motivo poderoso para que el arzobispo de Búrgos influyese en contra de Hernan Cortés.

Aquel prelado había ejercido una triste influencia cerca de los Reyes Católicos en perjuicio de un gran hombre, del descubridor del Nuevo Mundo, de Cristóbal Colon.

Los que hayan leído la historia del inmortal genovés, tendrán noticias del obispo Fonseca.

Aquel prelado que con tanta saña había perseguido á Cristóbal Colon, que había tratado de eclipsar su gloria, que había contribuido á que recibiese en premio de sus grandes servicios la más negra de las ingratitudes, era á la sazón arzobispo de Búrgos, y por su talento, por las altas dotes de que estaba adornado, había conseguido el mismo prestigio, la misma consideración que había disfrutado cerca de los Reyes Católicos y de doña Juana y su hija, cerca de Carlos V.

No había olvidado quiénes habían sido los amigos de Cristóbal Colon, y había llegado á convertirse en su alma en un sentimiento tan arraigado, tan profundo, el odio que experimentaba hácia la memoria del genovés, que todas cuantas personas habían influido en su favor, y más tarde en favor de sus hijos, habían sido objeto de su persecución.

Villejo, el esposo de Isabel, la hermana adoptiva de los hijos de Cristóbal Colon, había sufrido en muchas ocasiones las consecuencias de aquel odio.

El arzobispo de Búrgos no había olvidado que Hernan Cortés había sido amigo del ilustre marino, que había ido á las Indias favorecido por su hijo Diego Colon, y esta circunstancia,

unida á las esperanzas más ó ménos legítimas que podía abrigar acerca del resultado de la conquista de México, confiada en otras manos, le había movido á ponerse de parte de Benito Martin, menoscabando en lo posible la reputación que Francisco Montejo había dado á Hernan Cortés cerca del monarca, al presentarle la carta de aquel y los presentes que le enviaba desde Zempoala.

Algunos meses después del rápido y brillante triunfo obtenido por Hernan Cortés sobre las tropas de Pánfilo de Narvaez, hallábase en Valladolid el arzobispo, viejo ya, pero vivo siempre á pesar de sus años, y siempre preocupado, no sólo de las cosas de España, sino de las cosas de las Indias, y cerca de él, en un sitial, estaba el señor de Chievres, su íntimo amigo.

Es imposible bosquejar la antipatía que este buen señor había inspirado á los españoles.

De origen flamenco llegó á España con el monarca, y por haber sido su ayo y por haberse aprovechado de la influencia cerca del jóven soberano para vender al mejor postor los oficios de la corona, se había granjeado el odio de todos los vasallos del monarca, insistiendo aparentar á los ojos del vulgo que no se mezclaba para nada en los asuntos del Estado, con lo que consiguió que se aplacase un tanto el rencor que les inspiraba.

Pero si bien era cierto que vivía algo alejado de su antiguo discípulo, no lo era ménos que aún influía poderosamente sobre su ánimo, porque el jóven rey era agradecido, y sobre todo por que veía representados en aquel hombre los hermosos primeros años de su infancia, época triste de su vida.

No asistía al consejo, vivía alejado de palacio; pero aunque de tarde en tarde, cada vez que veía al monarca aprovechaba su visita.

Por entónces una de las mayores preocupaciones del señor de Chievres, que cuanto más avanzaba en edad más apego tenía

al dinero, era el resultado que podrian tener los planes de Diego de Velazquez, en los que tan interesado estaba.

Algunos dias ántes del en que hallamos reunidos al arzobispo de Búrgos y al señor de Chievres, habia llegado una carabela directamente desde Santiago de Cuba, y en ella pliegos para el arzobispo de Búrgos, que conservaba siempre la direccion de los negocios de las Indias.

Los pliegos eran de Velazquez, y el arzobispo habia llamado al señor de Chievres para darle cuenta de su contenido.

Despues de saludarse cordialmente, y de tomar asiento uno al lado del otro:

—O mucho me equivoco, dijo el señor de Chievres, ó á pesar de la serenidad continúa de vuestro semblante, creo leer en él que vais á comunicarme buenas noticias.

—No os engaÑais.

—Más vale así.

—Ante todo, ¿habeis hablado con vuestro muy alto y poderoso señor el rey Carlos I de España y V de Alemania?

—Está preocupado con las nuevas de Flandes, y los asuntos de Francia le traen inquieto.

Pero he logrado que se interese mucho en las cosas de las Indias, demostrándole que si ha de luchar necesita dinero, y que el dinero puede encontrarse allí, toda vez que tanto oro se trae de aquellas tierras.

—¿Y habeis procurado inclinar su ánimo en favor de Velazquez?

—Ya sabeis que aprovecho todas las ocasiones para demostrarle la fidelidad, la inteligencia, el valor de ese funcionario, con quien tan buena amistad nos une.

—Pues bien, dijo el arzobispo; hé aquí las noticias que acabo de recibir de Santiago de Cuba.

—¿Se sabia algo de Hernan Cortés?

—Sabemos más nosotros que Diego de Velazquez, toda vez

que nosotros hemos visto al capitan Francisco de Montejo, su enviado: por él hemos sabido que Hernan Cortés, con sus soldados, ha sido muy bien acogido en algunos puntos del territorio mexicano, y hasta hemos visto joyas y adornos de algun valor, enviados por él al monarca.

—¿Y Velazquez ignora todo eso?

—Absolutamente todo: me participa que ha reunido una escuadra de once navíos y siete bergantines, en los cuales ha embarcado unos ochocientos hombres al mando de un bizarro capitan.

—¿Cómo se llama? preguntó Chievres.

—Pánfilo de Narvaez.

—Ilustre nombre tiene.

—El capitan y sus soldados habian partido resueltos á castigar al rebelde, á llevarle prisionero á Cuba, y lo que es más, á continuar su comenzada empresa, que es, despues del castigo del culpable, lo que más convenia á la honra y al provecho de nuestro serenísimo monarca.

—¿Y vos creéis?... .

—Yo creo que ochocientos hombres pueden más que trescientos ó cuatrocientos, por una parte; y por otra, como Pánfilo de Narvaez no va á prender á Hernan Cortés en nombre de un gobernador cualquiera, sino de un adelantado, de un funcionario á quien el rey ha colmado de honores y de privilegios, no le será difícil llevar á cabo su empresa.

—¿Y si llegaron tarde las tropas de Velazquez? repuso Chievres.

—¿Qué quereis decir?

—Las noticias que tenemos demuestran que la suerte ha sido hasta ahora favorable á Hernan Cortés, que ha penetrado en el territorio mexicano, y que los caciques de aquel país se han apresurado á reconocerle, á agasajarle y á prestarle toda clase de auxilios.

—Si la suerte le ha favorecido, y ha llegado hasta México y lo ha conquistado, lo cual no es de creer, eso ménos tendrá que hacer el enviado de Velazquez.

—Me parece que veis las cosas bajo el prisma de la ilusion.

—Lo que nos conviene por de pronto es evitar que nuevos emisarios de Hernan Cortés lleguen á la presencia del monarca.

Por lo demas, uno de los soldados que le acompañaron hasta Zempoala, y que regresó á España con el capitán Francisco de Montejo, se ha quedado por allá y le estoy esperando, porque he escrito á Sevilla, á donde va, encargado á un amigo que me le recomendó por haber estado en las Indias y ser yo el presidente del Consejo.

Ese hombre nos revelará muchos pormenores de la expedición.

De cualquier modo, nos facilitará los medios de estar en guardia para evitar que se defrauden las esperanzas de nuestro protegido.

—¿En ese caso esperaremos?

—Sí; pero como no hay que perder tiempo, quiero pedir os un favor. Su majestad está en Tordesillas: necesito que se vaya.

—¿Para qué, preguntó Chievres sorprendido?

—Tengo noticias de que los padres de Hernan Cortés, ancianos ya, y que residen en Medellin, han enviado una solicitud al rey, pidiéndole que favorezca la empresa de su hijo, y al mismo tiempo suplicándole que les favorezca con algun auxilio, porque están sin noticias de él, las vicisitudes han mermado su fortuna, tienen en su compañía á la esposa y al hijo de Hernan Cortés, y apénas pueden vivir con lo que les produce su casa solariega.

—Veo que teneis muy bien montada vuestra policía.

—Sé todo lo que pasa, porque tengo buenos amigos.

—¿Y qué deseais?

—Que esa solicitud no llegue á manos del monarca, y si llega por casualidad, que no la despache favorablemente.

—Así se hará.

—En cuanto yo hable con el hombre á quien espero, os avisaré.

El señor de Chievres se despidió del arzobispo de Búrgos, y al día siguiente fué á desempeñar su misión que le habia confiado.

Pocos días despues llegó á presencia del prelado el antiguo soldado de Hernan Cortés que habia regresado á España con Francisco de Montejo.